

EDITORIAL
ARTE
Y
LITERATURA

OFICINAS:
RINCON, 612

LA NOVELA DEL DÍA

ÚNICA PUBLICACIÓN EN SU GÉNERO EN EL URUGUAY

AÑO I

MONTEVIDEO, 20 DE NOVIEMBRE DE 1922

N.º 4



“La Mano de Dios”

POR

JUAN JOSÉ DE SOIZA REILLY



PRECIO:
0.05 el ejemplar

El autor de “La mano de Dios” es uno de los nuestros, que ha sabido triunfar. Soiza Reilly, escritor de nombradía en ambas márgenes del Plata tuvo que emigrar del ambiente para poder imponerse.

Trabajador infatigable recorrió toda Europa en gira periodística, llevando la representación de las mejores revistas argentinas, logrando destacarse como periodista y novelador de los buenos.

Cuenta ya con una serie de producciones que ha copilado en diversos libros y que la crítica ha recibido con general beneplácito.

Extracto de Malta

MONTEVIDEANA

EL MEJOR ALIMENTO TÓNICO

Pilsen

LA CERVEZA EXQUISITA

S. A. C. M.

Sobre productos alimenticios el nombre

ARTIGAS

Es una garantía de inmejorable calidad : : : : :

Frigorífico ARTIGAS

ZABALA, 1591

MONTEVIDEO

HARINAS BIOS

PARA SOPAS



HARINA de Garbanzos bolsita de $\frac{1}{2}$ k \$ 0 25
Gofio de maíz » » » » 0.12
» » trigo » » » » 0.13
Café de Malta paquete de $\frac{1}{2}$ k » 0.30

Por Teléfono: 1145 Cordon
Avenida General Rondeau, 1528

SUSCRIPCIÓN

Por semestre

\$ 0.60

Por año \$ 1.00

LA NOVELA DEL DÍA

EDICIÓN "ARTE Y LITERATURA"

AGENTES

EN TODA LA

REPÚBLICA

PUBLICACIÓN QUINCENAL

Gerente-Administrador: JULIO M. PEREZ FERNANDEZ



LA MANO DE DIOS

Un robo de diez mil pesos

—No hay duda ninguna,—exclamó el comisario paseándose frente la caja vacía.—Se trata de un robo habilísimo. El ladrón debe ser profesional...

—¿Por qué?—inquirió el juez instructor.

—Por la sencilla razón de que no ha

dejado rastros. Ni siquiera hemos podido hallar sus impresiones digitales. El hombre ha robado con guantes. Tampoco falseó la cerradura...

Detrás del comisario y del juez, estaba el jefe de la estación "Trigales", tembloroso aún bajo el susto del robo de que fuera víctima. Era alto. Flaco. Triste... A cada momento se llevaba las manos a las sienes, quejándose con voz ronca:

Toda persona de buen paladar

No come otra manteca que:

CARMEN

—¡Qué desgracia! La empresa me echará a la calle. ¡Qué desgracia!

El comisario se condolía:

—No se aflija, amigo don Lucas. Trataremos de que aparezca el culpable. Uster podrá restituir el dinero a su ferrocarril.

—¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia!

La noche anterior manos maestras habían abierto la caja de hierro de la estación, llevándose el importe de los fletes. ¡Diez mil pesos!...

—¡Qué desgracia! Hoy llegará el inspector de la empresa... ¡Qué desgracia! Me echarán a la calle con mi mujer y mi hijito...

—¡Cálmese, don Lucas! Capturaremos al culpable...

La pesquisa era, sin embargo, difícil. En aquella estación perdida en medio del campo, la policía tropezaba con la falta de "gente sospechosa". La base principal de las investigaciones policiales, es siempre la sospecha. Cuando se comete un robo, en seguida se piensa en las personas de vida turbia. A nadie se le ocurre pensar en las gentes honradas.

En la estación "Trigales", todos los vecinos eran buenas personas. Familias de trabajo. Hombres de labor. Mujeres de cocina.

—¿Usted, don Lucas, — interrogó el juez al jefe de estación,—no sospecha de nadie?

—¡Qué desgracia, señor juez! ¡De nadie! ¡De nadie Pienso y busco, pero...

¡de nadie! El ladrón no puede ser del pueblo. Ha de ser forastero.

El juez, sentado en el sillón del jefe frente a la caja de hierro, entornaba los ojos. Meditaba.

De pronto, se puso de pie. Tomó al comisario de un brazo y lo llevó al andén.

Le habló al oído:

—¿Usted tampoco no sospecha de nadie, comisario?

—De nadie. Hace mucho tiempo que actúo en este pueblo. Son gentes de agarrarse a tiros y a puñaladas, pero no de robar. Cuatrerros, sí. ¡Robos como éste, nunca!

El comisario suministró al juez detalles sin importancia. El pueblo distaba treinta cuadras de la estación. Se llamaba "pueblo", pero eran "veinte casas locas", de las cuales quince servían de almacén. Es decir, "despachos de bebidas".

—¿Cómo?

El juez hizo un gesto de asco. ¡Emborracharse en los almacenes!

—¡Qué quiere, señor juez! En estas poblaciones chicas y miserables, el despacho de bebidas con sus mesitas para jugar al truco, sus canchas de bochas, sus tabas y sus carreras, tienen la importancia social del Jockey Club. ¿Qué quiere usted que haga la gente pobre para consolarse de sus fatigas, de su langosta y de sus secas? Juega. Se emborracha. Pierde. Gana. Pelea. Contribuye al fomento de las instituciones comerciales, como los ricos...

Tomad Café Dos Americanos

Lostorto y Panizzi
Stock de Neumáticos
=GOOD YEAR=

Automóviles Ford—Repuestos—Aceites lubricantes—Grasas—Accesorios, etc.

PLAZA CAGANCHA 1147 y 1148

Talleres: Av. Gral. RONDEAU 1386

—Y aquí, en la estación ¿qué personas viven?

—Pocas. El jefe. Su esposa. Un hijito de diez años... El frente, allí en aquel vagón sin ruedas, el peón cambista, Francisco, con su mujer, "la vieja Covacha". La casa más próxima es la del boliche del "gaita dos Cosme", a tres cuadras de aquí. En resumen, toda muy buena gente.

—¿Y ese... peón-cambista? ¿Qué tal?

—¿Francisco? Un infeliz. Insospechable. Si de alguien pudiera sospecharse sería de su mujer, "la vieja Covacha", como le llaman todos.

—Hágala venir.

La historia de Covacha

Instantes después, el comisario volvió con la vieja Covacha.

Era un tipo de vagabunda agreste. Quemada por el alcoholismo y por el sol, su cara era lustrosa y mofletuda. Sus ojos aguachentos miraban con tristeza. Miraban entre lágrimas.

—Parece que esta vieja ha llorado,—murmuró el juez.

—¿Lo dice usted por los ojos? No. Siempre los tiene así. Es el efecto de los copetines. Ha sido muy borracha. Ahora parece que no bebe.

—¡Ah!—exclamó el juez mirando de reojo al comisario.—¿Entonces esta mujer ha contribuido "al fomento de las instituciones comerciales"?

—Sí, señor juez. Como los socios del Jockey Club. Lo mismo.

Entraron a la oficina del jefe. La vieja Covacha se cuadró frente al juez, aguardando el interrogatorio. Al comienzo, contestó las preguntas con naturalidad. Suspiraba como si el pecho se le comprimiera. Cada suspiro de la vieja Covacha, obligaba al juez a echar la cara para atrás.

—¿Cuántos años tiene usted? ?

—Treinta años.

—¿Treinta años?

—Sí, señor.

El juez se asombró. ¿Treinta años esa vieja que parecía tener más de setenta!

—Así es la vida, señor, ¿sabe? Así es la vida. ¿Le parece a usted que he envejecido pronto? Los pobres, ¿sabe?, bajamos a la tumba cuando los poderosos empiezan a vivir. He sufrido mucho. El trabajo me ha hecho vieja.

—¿Y el alcohol?

—¿Cómo dice, señor?

—¿Y el alcohol?

El comisario intervino:

—Dice el señor juez, que si te gusta el "alpiste".

—Ah, ¿la caña? Sí, me gustaba. Pero, ¿sabe?, desde que vine a los "Trigales", desde que cuido al nenito del jefe, ya no bebo. Luisito me dijo un día que le gustaba jugar conmigo. Desde entonces no me emborracho más. ¡Nunca más!

Y como si de repente hubiera sentido necesidad de justificar sus borracheras anteriores, empezó a contar la historia

== A la Bola de Oro ==

== ZAPATERIA ==

CASA FUNDADA

EN 1860

Calzado de Lujo

RINCON, 702

Esquina Juncal

de sus desesperanzas. Una vida sombría. Una existencia vulgar de amores, de dolores, de horrores. Una novela humana...

—Yo he sido joven, señor juez. Cuando vivía en Buenos Aires, tuve, una vez, quince años. ¡Era linda! ¡Ah, señor juez! Si usted me hubiera visto los domingos, con mi vestidito corto y mis rulos y mis moños de cinta en la cabeza. ¿Sabe? Los mocitos del conventillo andaban locos detrás de mi alegría y detrás de mis dientes... Papá era albañil. Mientras yo fui chiquita, ¡me acuerdo, qué bueno era papá conmigo! Me sentaba en sus rodillas, a caballo:

—“¡Vamos, hico! ¡Hico, vamos!”

¡Qué risa! Pero, durante una huelga del gremio, papá se olvidó de ponerme sobre sus rodillas. Se acostumbró a ir a los almacenes. Volvía a casa borracho... En cierta ocasión, ¿sabe?, al entrar en la pieza, vió que yo estaba rezando frente a una estampa de la Virgen María. Mamá me había enseñado un rezo que empezaba así: “Dios te...” No. Así no era. Era así: “Virgen santi...” No. ¡Caracho! Se me ha olvidado. Bueno, ¿sabe? Al oírme rezar, papá sintió rabia. Empezó a gritar que Dios era una mentira de los frailes. Arrancó de la pared la estampa de la virgen. Mamá la había clavado allí con muchos alfileres. La rompió en pedacitos. Yo grité... Entonces él, ¿sabe?, agarró la escoba y me pegó con el palo. Aquella noche papá aprendió a pegarme. Había aprendido la lección de memoria. Todas las noches me sacudía

las alfombras. Una paliza atroz. Me tiraba al suelo. Me daba patadas poniéndose de espaldas, como los burros. Mamá me defendía. ¡Era para peor! La pobre ligaba los golpes en el vientre. Por suerte, mi madre murió. Yo quedé solita con mi padre. Acababa de cumplir quince años... ¿Se dá cuenta, señor comisario? ¿Se dá cuenta, señor juez? ¡Mis quince años en manos de esa fiera! ¿Qué iba a hacer? Era mi padre. Estaba condenada a vivir con él. Ocupábamos el último cuarto del conventillo. ¡Qué miseria! Yo tenía que arreglarme los rulos en los vidrios! Una noche, papá se propasó, ¿sabe? Canalla! Le rompí una botella en la cabeza. Lo dejé desmayado. Me escapé... ¡Qué noche fría! Fui corriendo al conventillo de enfrente, donde vivía Francisco. Sí, señor comisario, el mismo Francisco que ahora vive conmigo, ¿sabe?, el peón guarda-agujas...

La vieja Covacha se detuvo. Tantas palabras le quitaban el aire. Exhaló un suspiro baboso que hizo inclinar la cabeza del juez.

—¡Ah, qué tiempos aquellos! Francisco me venía afilando con más amor que nadie. Era muy simpático. Un poco zonzo, como siempre, pero buen mozo. Vivía solo en una pieza del conventillo de enfrente. Había llegado de España hacía muchos años, siendo un chiquilín. Trabajaba en un corralón de maderas. Ganaba

Talleres Gráficos BENEDETTI Hnos.

Plaza Independencia 805

Especialidad en tarjetas de visita y de enlace

Teléfonos: La Uruguaya 1021, Central
La Cooperativa

MONTEVIDEO

Farmacia Franco-Inglesa

— DE —

JOSE Ma. DELGADO

Calle Uruguay esquina Florida

Teléfonos: La Uruguaya 31, Central
y La Cooperativa — Montevideo

ABIERTA TODA LA NOCHE

poco. Sin embargo, le alcanzaba para comer. ¡Oh, ya lo creo! Hasta le alcanzaba para regalarme caramelos y flores... De noche conversaba conmigo en la puerta de calle. Yo me llamo María, pero él me llamaba "Marucha". ¡Bonito nombre! Ahora me llaman Covacha. ¡Puaf!... Para carnaval le di un beso. Casi se enloquece de felicidad. ¡Pobre Francisco! Quería que me escapara con él.

—“Nos iremos lejos,—me decía.—Nos iremos a España. Mis padres viven en el sitio más bonito de la península. Se llama “Puerto Pajares”... Tú vivirás ail, con mis hermanas. Te pondrás zuecos, como ellas, para andar en la nieve... ¡Verás qué lindo! “Puerto Pajares” está en una altura, cerca de las estrellas. Desde arriba, mirando hacia abajo, se ven muchos pueblos tan hermosos que parecen casitas de juguete. Verás, Marucha”...

Pero, yo no quería, ¿sabe? Al fin, era una chica de quince años... Me gustaba Francisco. Ah, pero yo esperaba un hombre rico. Hubiera sido triste, ¿sabe?, engañar a un hombre enamorado...

La “vieja Covacha” dejó de hablar. Sus ojos acuosos, miraban el vacío como si la honradez de sus palabras fuera visible sólo para ella.

—¿Y después?—interrogó el juez.

—Después... Este...

La vieja Covacha había perdido el hilo de su narración. El comisario la ayudó:

—Usted se escapó del conventillo, de noche...

—Ah, sí. ¡Basta! Ahora me acuerdo... Atravesé la calle. Me metí en el conventillo de enfrente. Busqué la pieza de Francisco. Abrí la puerta. Y entré... Francisco, tapado hasta las narices, roncaba en su catre de lona. Roncaba como un bendito. Lo desperté:

—¡Francisco! ¡Francisco!

—¿Quién me llama?

—¡Marucha!

Abrió los ojos. Al verme creyó que yo era un sueño, ¿sabe? Se sentó en la cama, con los ojos abiertos.

—¡Marucha! ¿Es usted?

—Sí. Soy yo, Francisco.

—¿De verdad, es usted?

—Sí, Francisco. Soy yo. Tóqueme. Aquí estoy. Mi padre ha querido faltarme... Vengo a que usted me salve. ¡Sálveme!

Me echó los brazos al cuello. Me abrazó con fuerza. Y me besó. Me besó, ¿sabe?, como si yo hubiera sido uno de esos ángeles que vemos mientras dormimos.

La Covacha interrumpió de nuevo sus recuerdos. Mejor dicho: los continuó saboreando en silencio. Instintivamente comprendió que nadie mejor que ella podía disfrutar la dulzura de esa evocación. Sus ojos tristes, llenos de lágrimas, no guardaban de su felicidad, más que la imagen de ese amoroso cuarto de con-

CONFITERÍA DEL TELÉGRAFO

El Establecimiento más importante en su género de la América del Sud

Santos Rovera & Cia. -- 25 de Mayo, 619 al 629 — Montevideo

PAN DE GLUTEN: ^{c/u} \$ 1.50

ventillo. Sus labios secos y descoloridos, movíanse, palpitantes. Se pasaba la lengua por los bordes de la boca como buscando en sus comisuras un poquito de la miel de sus besos nupciales...

La sospecha

—¿Y a dónde se fué usted con Francisco?

¡Oh! Vaya usted a saber el camino que tomamos los pobres! Anduvimos de acá para allá. Francisco se enfermó y quedó sin trabajo. Yo, para comprarle alimentos y remedios, trabajé de mucama en una casa rica. ¡Si usted supiera las cosas que tiene que soportar una mucama de casa rica, para conservar su puesto! Si la mucama es bonita y en la casa hay jóvenes o viejos, es mejor ir a pedir limosna por las calles... Yo, para que Francisco no sufriera, soporté todo, hasta perder la vergüenza. Con un mucamo de la misma casa robé un collar de perlas. Estuve varios años en la penitenciaría de mujeres. En compañía de esas condenadas aprendí todos los vicios... Cuando salí, envejecida y estropeada, Francisco me recogió en sus brazos. El pobre sabía que era inocente. Por que es inocente quien comete un delito para comprar remedios a un enfermo. Si no hubiera sido por mí, él no tendría la salud que ahora tiene. Dicen que me emborrachaba... Sí, es cierto. ¿Y qué esperaban de mí después de

tanta desgracia? ¿Querrían que me dedicara a hacer poesías? ¡Puaff! Viéndome vieja, con el pelo blanco y sin dientes, cuando apenas voy a tener treinta años, me da una pena bárbara. Me mataría. Ah, pero, hay cosas en la vida, ¿sabe?, que nos atajan y nos hacen ver que la vida tiene más flores que la muerte!... ¡Si no fuera por ese angelito que se ha puesto en mi camino como una salvación!...

La vieja Covacha llevóse las manos a la cara. Lloraba desconsoladamente. El juez y el comisario la miraban sin lástima.

—“Ternura de alcohol”...

En ese instante se asomó por la puerta de la oficina una cabecita rubia. Era un niño de diez años. Sus ojos vivarachos examinaron la escena. Vió primero al juez y al comisario. En un ángulo de la oficina, divisó a don Lucas, el jefe de estación, inmóvil y pálido, contra la pared. Por último vió a la vieja Covacha en el instante de llorar, cuando sus solozos agitaban su cabellera blanca.

—“Covacha! ¡Viejita!”

El niño rubio corrió hacia la vieja, con los brazos abiertos. Ella dejó de llorar para inclinarse sobre la cabecita del niño y besarle en la cara.

—“¡Niño mío! ¡Niño mío!”

—“Covacha, ¿por qué lloras? ¿Quién le ha pegado? ¿Quién?...”

El niño arrojó una mirada de odio sobre los funcionarios.

GRAN HOTEL LANATA

de GELOS & SANTAMARINA

Apartamentos especiales con cuartos de baños. Situado en la calle más céntrica de la Ciudad. Con tranvía a la puerta directos a los principales paseos y playas de Montevideo.

588 - SARANDI - 594 esq. Juan C. Gómez

TELÉF. 153 - CENTRAL

—“¿Quién te ha pegado, viejita? ¿Por qué lloras...?”

—“Nadie me ha pegado, rico. ¡Lloro por gusto!”

Entonces el juez se inclinó al oído del comisario:

—¿Quién es este chico?

—El hijo del jefe de estación. El hijo de don Lucas...

Don Lucas se aproximó al juez para explicarle:

—Desde que la Covacha llegó, hace unos meses, a los “Trigales”, se encariñó con Luisito. Lo quiere con locura. Juega con él. Lo divierte haciéndole látigos, trampas, hondas. Le busca piedritas de colores. En fin, cuando lo ve, se transforma. Desde que lo conoció no se emborracha.

—¿Y usted lo deja andar así, con esta mujer tan sospechosa?

—¡Qué voy a hacer, señor! La estación está muy aislada del pueblo. Mi nene no tiene con quien jugar. Yo estoy siempre ocupado con los trenes, con las planillas, con el telégrafo. Mi mujer, como no tenemos sirviente, necesita “hacer la casa”, estar en la cocina... Por otra parte, la pobre Covacha, señor juez, es una infeliz. Es buenita, señor. Le ha quedado ese aire de matrera por los estragos de la vida anterior. Pero, las apariencias engañan... Cuida mucho a mi nene. ¿No ve cómo llora abrazada a Luisito? ¿Crée usted que una mujer mala puede tener tanto amor a los niños?

Ella se queja de no haber tenido hijos...

—Sí, muy bien. Pero, esta mujer no es dueña de una vida muy limpia. Acaba usted de oír cómo confiesa que robó un collar siendo mucama... Para mí,—Dios me perdone,—esta vieja bruja tiene mucho que ver con los diez mil pesos de su caja de fierro.

—¡Imposible! No puede ser...

—Eh, don Lucas. No afirme usted así, tan categóricamente,—agregó el comisario.—La ciencia policial ha encontrado delincuentes en personas que parecían muy santas...

—Sí. ¡Pero la vieja Covacha! ¡No! Sería condenar a un inocente...

Una frase de la Covacha

El juez y el comisario se encerraron con la vieja Covacha. A medida que la hacían hablar de su vida pasada, se afirmaban en la creencia de que ella era, por lo menos, cómplice del robo. Su teoría literaria de que “es inocente quien comete un delito para comprar remedios”, fué el camino que vieron abierto ante sus ojos perspicaces para poder encontrar al ladrón... La vieja Covacha hablaba ingenuamente de su vida. Narraba sus años de prisión. Las enseñanzas recibidas en la cárcel. Evocaba las historias de sus compañeras de celda.

BARRACA CENTRAL

— DE —

Francisco A. Mañó

Maderas y artículos de construcción en general - Almacén de hierros - Loza sanitaria

Av. 18 de 1704 a 1720 esq. Magallanes

Teléfonos:

La Uruguay 167 Cordón y La Cooperativa
MONTEVIDEO

SOZA PONCE H^{NOS.}

FABRICANTES

JABON REAL

Extra - alta calidad - Elaborado con cereales

No perjudica las manos ni las uñas

Para el lavado de ropas y uso doméstico

Interrumpía sus descripciones trágicas, para soltar la risa, pues recordaba en medio de las penumbras carcelarias, las escenas cómicas. Las mujeres peleándose. Tomándose a trompadas por asuntos nimios. Odiándose por razones de coquetería. Desafiándose a muerte, con las tijeras de la costura, porque una de ellas se había enamorado del amante de la otra. Amante al cual la otra sólo había visto un día de visita, a través de la reja...

La vieja Covacha contaba al juez y al comisario todas las podredumbres que sus ojos habían visto. Pero, en medio de todo, el único delito grave de la Covacha, era el robo del collar. Lo demás, eran pequeñeces del hambre.

—¡Cosas de la vida!—terminó diciéndole ella.

—¡Es natural, cosas de la vida!—repitió el juez. Y de improviso, como haciendo un comentario a una confesión que la Covacha no había hecho, exclamó:

—¡Muy bien! ¿Así, que usted abrió la caja de fierro y sacó los diez mil pesos?

—¿Qué? ¿Qué dice?

—Usted fué quien robó los billetes del jefe, en combinación con su marido, Francisco, ¿no es eso?

—¿Qué? ¿Qué dice?

Empezaba a comprender. Hubiera deseado comprender. Comprendió... En su cerebro recocado de alcohol, tuvo la visión clara de que la acusaban de un

delito... ¿Qué delito? El collar, sí. ¡Es claro! Para eso se pasó cinco años en la cárcel. ¿Otra cosa? No... ¿Plata? ¡Miente!

Temblaba de rabia.

Llamaron a Francisco, el marido de Covacha, el guarda-agujas.

Entre el juez y el comisario acosaron a preguntas al peón y a su mujer. El lenguaje policial posée palabras mágicas que marean las conciencias más sólidas.

Después de tres horas de interrogatorio, el juez, secándose la frente, ordenó al comisario:

—Proceda, comisario. La tarea ha sido ardua. Hemos triunfado. Puede usted capturar a estas dos buenas piezas...

Al día siguiente, cuando se detuvo en los "Trigales" el tren que iba a la capital, dos agentes hicieron subir a un furgón a Covacha y a Francisco. Covacha, minutos antes de llegar el convoy, había pedido al comisario que trajera al hijo del jefe, a Luisito, para darle un beso de despedida. El comisario fué a buscarlo. La madre del niño, estaba con él.

—Con su permiso, señora. La vieja Covacha, quiere despedirse de Luisito...

—¡No! No quiero.

—¡Sí, mamá! Déjame ir...

—¡No! ¡Es una ladrona!

—¡Mentira, mamá! Yo quiero mucho a Covacha...

La madre apretaba contra su pecho al muchachito. Pero el niño con una fuerza

ARMERIA DEL CAZADOR

SECCION BAZAR
SIEMPRE NOVEDADES
PRECIOS MÓDICOS

VISITE NUESTRA CASA

18 de JULIO esq. ANDES



NANDÚ

JUGO de UVAS

Sin alcohol

Lamaison y Cia.

B. MITRE, 1419

YERBA

DANTE

ES LA MEJOR

RODRIGUEZ ANIDO Hnos.

superior a sus diez años, se irguió con altivez. Se desprendió de los brazos maternos. Y salió corriendo hacia el andén.

—“¡Covacha! ¡Viejita!”

Y la vieja Covacha, de rodillas en el andén, besaba a Luisito, con besos furiosos. Empapaba su cabeza de lágrimas...

—Vamos, arriba, Covacha... El tren sale,—gritaba el comisario.

—¡Un momento, por favor!

—Deje a ese niño.

—Otro beso y nada más. Ya no lo veré nunca. Jamás. ¡Canallas! Me separan de él, ahora que gracias a su cariño, empezaba a revivir... Me separan de esta cabecita de amor santo, cuando la divina gracia de su ternura, iba a salvarme... ¡Canallas! ¡Canallas!... Pero, escucha,

A empujones la subieron al tren. Todavía la vieja pudo asomarse a la ventanilla, para ver a Luisito. El niño, con las manos tendidas hacia el tren, gritaba:

—“Sí, Covacha. ¡Tú eres buena!...”

Y le tiraba besos con los dedos.

Covacha recogió aquellos besos aéreos, besos de brisa, gritando entre los chillidos de la locomotora, esta maravillosa frase de justicia que, hoy, me hace llorar al escribirla:

—“Los niños son la mano de Dios”...

Un pequeño requisito

La investigación llegaba al punto de partida. No habiendo otras personas sos-

GRAN SURTIDO DE

ARTEFACTOS ELECTRICOS

Eugenio Barth & C^{ia}.

Uruguay, 751/7

niño mío. Voy a decirte una verdad grande como el mismo Dios. Oyela bien: soy inocente. Me acusan injustamente. Te juro, niño mío, que digo la verdad. Te la digo a ti solo, porque sólo me interesa que tú creas en mi inocencia. Que los demás supongan que soy una ladrona, no me importa. ¡Pero, tú, Luisito, no!... Tú eres un corazón limpio de manchas. Tú ves dentro de mi conciencia. ¿Verdad, Luisito?

De rodillas, levantaba al niño en sus brazos, hacia el cielo, como en un sacrificio.

—¡Vamos, Covacha, arriba!

pechosas del robo, la vieja Covacha y su marido tenían que ser, forzosamente, los ladrones. El juez necesitó muchos expedientes para reconstruir el delito. Un cronista policial sintetizó las divagaciones del sumario en estas líneas:

“El jefe de la estación “Trigales”, don Lucas Pinel, dormía con su esposa y su hijito. Antes de acostarse, don Lucas contó los diez mil pesos, poniéndolos en su caja de hierro. La puerta de su oficina, frente al coche sin ruedas donde vivía la Covacha y Francisco estaba abierta. Se supone que el guarda-agujas y su mujer espiaban en la sombra, cuando don

Lucas guardaba los billetes. Vieron que escondía la llave en el bolsillo del pantalón. Don Lucas se fué a dormir, cerrando las puertas con pestillo, como es su costumbre. A la madrugada, la Covacha y Francisco, escudados en las tinieblas, se apoderaron de la llave que el jefe guardara en su pantalón. Abrieron la caja. Y se llevaron el dinero”...

El cronista agregaba:

—“Como se ve, el delito ha sido descubierto, gracias a la perspicacia de nuestra justicia. Sólo falta que aparezca el dinero robado y que ambos delincuentes cumplan el pequeño requisito de confesar su robo. Nada más”...

Los ojos azules

—¿Qué tienes, nene?

Luisito no jugaba. Permanecía muchas horas, en silencio, viendo volar las moscas. Desde que detuvieron a la vieja Covacha, desde que la vió alejarse en el tren que la llevó a la cárcel. Luisito no reía con nadie. La madre, al verlo tan triste, hacía esfuerzos enormes para distraerlo.

—¿Quieres jugar conmigo, Luisito?

—No, mamá.

—Sí, precioso. ¿Quieres que te haga un látigo?

Un sollozo le brotó del pecho. Recor-

daba a la pobre Covacha cuando sentada junto al vagón sin ruedas que le servía de casa, le fabricaba látigos, con un largo cuchillo...

—¡Pero, nene!... No te pongas así, Covacha volverá. Vendrá otra vez.

Entre las lágrimas, Luisito alzaba los ojos, llenos de esperanza:

—¿Crees, mamita, que volverá

—Sí. Volverá...

El jefe, don Luicas, sufría también viendo el dolor de su hijo. Hubiérase dicho que hasta sufría pensando en la vieja Covacha, tan buena con Luisito, tan cariñosa, tan dulce a pesar de la ronquera, que el alcohol dejara en su laringe...

Su mujer le dijo una tarde:

—¡Caramba, Lucas! Tú también andas como un fantasma... Debieras estar contento de que hayan aparecido los culpables del robo. De lo contrario, la empresa nos hubiera echado...

Don Lucas miraba a su mujer. ¡Qué tristeza de perro sin dueño había en sus ojos! Callaba. Callaba.

—Sí, tú te callas, pero sufres. Nuestro hijo anda lo mismo, perdiéndose en los rincones. Anoche, mientras él dormía, lloraba, quejándose... Creía que tuviera las manos sobre el corazón. ¡No! Lloraba como lloraba mamá cuando estaba muriendo. Tengo el presentimiento de una horrible desgracia.

Entonces, don Lucas se enojaba:

—¿Qué cosas dices, Rosa! ¡Cállate!

GRANDE TEINTURERIE FRANÇAISE

Limpeza en seco de toda clase de ropa, guantes y franelas

Tintura para lana y seda en colores y negro garantidos firmes

SUCESION E. NICOLAS

Plaza Independencia, 1372 al 1376

Tallar a vapor: Magallanes, 132

Teléfono: La Uruguay, 1068

No seas bicho de mal agüero. Esto pasará. Pasará...

Se metía en su oficina. Se hundía en sus planillas, trabajando.

De noche, una vez apagadas las luces de la estación, don Lucas salía sólo a pasear por los campos. Iba solo, espantando con sus pasos a las vizcachas temerosas.

—¿Dónde vas, papá?

—Voy a dar una vuelta. Ya vuelvo Luisito.

—¿Quieres que vaya contigo?

—¡No! La noche está destemplada.

—Sí. ¡Llévame!

—Bueno, vamos.

Luisito se colgó del brazo de su padre. La noche era clara. El camino del pueblo parecía una alfombra. Caminaban en silencio.

—Papá.

—¿Qué?

—Quiero pedirte un gran favor.

—¿Eh?

—Sí. Quiero que me lleves a visitar a la vieja Covacha.

—¡Hijito! Está muy lejos. En la cárcel. Allá lejos.

—No importa. ¡Quiero verla!

Había tanta firmeza en las palabras de ese niño de diez años, que hablaba con la autoridad de un hombre viejo. Don Lucas iba a resistirse. ¿Cómo acceder a tamaño disparate? ¡No! ¿Qué diría la empresa si llegaba a saber que él visi-

taba en la cárcel a la autora del robo de su propia oficina? Nunca...

—“Bueno, hijito. Iremos...”

¿Eh? Había dicho: “iremos”. Pero él no quería ir. Sin embargo, aquel “iremos” le brotó del alma, como si las palabras de su hijo hubieran sido el mandato de su propia voluntad. De su propia conciencia.

—¿Cuándo?

—Iremos pasado mañana, cuando llegue el segundo jefe que la empresa me manda. Pediré permiso por telégrafo.

Luisito tomó la mano derecha de su padre. Se la besó en el dorso, con un beso largo. Don Lucas se estremeció.

—¿Qué tienes, papá? ¿Frio?

A la luz de la luna brillaban los ojos azules del niño, mirando a su padre. Don Lucas, se enojó:

—Vamos, pronto a casa. Por culpa tuya llegaremos tarde. Vamos. Vamos.

Y don Lucas echó a correr. Detrás de él brillaban, persiguiéndolo, los ojos azules del niño.

La encausada núm. 4321

No fué difícil ver a la Covacha.

—Es una encausada tranquila,—le dijeron en la alcaidía a don Lucas,—pero tendrá que hablarla a través de una reja...

—No importa.

CLAVOS POZZOLI

PARA TECHOS

D. MANTERO y Cía.

Agraciada 2063 — Montevideo

Muebles y Decoraciones

FORTUNATO PAGANI

Calle Constituyente N.º 1724

Teléfono: Uruguay 409 (Cordón)

MONTEVIDEO

Don Lucas, poco habituado a ver una cárcel interiormente, sentía que las piernas le temblaban. Le temblaban también los labios y los carrillos. De buena gana hubiera escapado de aquellos paredones sombríos. Sin embargo, avanzaba detrás del guardián, como si los deditos de su hijo que sentía entre sus dedos, le transmitieran una fuerza fantástica.

Luisito, dentro de su traje a la marinera, con su rubia cabellera echada hacia atrás y sus ojos azules inquietos y alegres, caminaba dando pequeños saltos.

El guardián se detuvo frente a una reja colosal, alta como una pared y que cerraba un patio vacío. Gritó a través de los hierros:

—“¡4321!”

Hubo un ruido de llaves. Luego oyóse a lo lejos otra voz que repetía como un eco:

—“¡4321!”

Transcurrió un instante. Nadie aparecía. El guardián gritó furioso:

—“¡A ver si sale ese 4321!”

A la distancia, retumbó una voz áspera:

—¡Eh, no grite! ¿Qué se cree? No me arrempuje. Iré si se me antoja, ¿sabe?

Los ojitos azules se dilataban. Los brazos del niño se tendieron hacia la voz.

—“¡Covacha! ¡Viejita querida! Soy yo. Tu nene... ¡Luisito!”

La vieja Covacha se arrojó contra los

hierros de la jaula, besando las manos del niños y los barrotes de hierro...

—“¡Oh, eres dulce como la mano de Dios! ¡Queridito! ¡Queridito! Anoche te vi en sueños...”

La inquisición

Don Lucas no podía hablar. El frío le atravesaba la lengua como un clavo...

—Vea, Covacha... Tenemos cinco minutos de permiso.

Pero ella no escuchaba. Sacó sus dos brazos flacos a través de la reja y mantenía abrazado al niño. Luisito había inclinado su cabeza de oro, apoyándola en los barrotes que cubrían el pecho de Covacha. Entrecerraba los ojos, como hacen los nenes cuando se están durmiendo...

—¡Uyyy, niño mío! ¡Si supieras cómo me han hecho sufrir! A toda fuerza me pedían que les contara cómo había robado los diez mil pesos de la caja de fierro, ¿sabes? Yo les decía la verdad: que era inocente, que era una injusticia, que era un crimen acusarme de un delito que nunca cometí. Y ellos ¿sabes lo que hicieron? Me dieron a comer guisos de bacalao, sardinas saladas, arenques en salmuera... ¡Fueron comilonas de millonarios! Todo salado. Muy salado. Sa-

CHOCOLATE PITZER

GRAN PELUQUERIA 'Café Avenida'

DE F. FORCELLA

Doce oficiales Masagistas

Ablerta todos los días hasta las

DOCE de la NOCHE

ladísimo... Tan salado que al segundo día, la boca se me secó. Yo pedía agua. No me daban. Al tercer día, volvieron a darme bacalao, sardinas y arenques.

—¡Agua! ¡Quiero agua!

—“No hay agua”.

—¿Por qué no hay agua para mí? Demen un balde. Un jarro. Un traguito...

—“No hay agua para usted”...

Yo tenía una sed de perro rabioso. ¿Sabes cómo es la sed de los perros rabiosos? Es una locura. Es una ganas brutales de morder. Es un ansia de matar bebiéndonos la sangre de los que matamos. Es como morir de dos muertes diferentes en un momento mismo: ahogándonos en el mar y quemándonos vivos en un horno... ¿Sabes? Los ojos se nos secan. El estómago se nos arruga como un trapo de piso. La sangre se nos va del cuerpo. Y lo más horrible es que sintiendo dentro de nosotros las tripas reseacas, creemos que afuera el agua nos rodea. Los ojos se nos ponen ciegos para todo, menos para ver el agua que la fantasía hace caer a chorros frescos y cristalinos delante de nosotros. Vemos agua atrás. Agua arriba. Agua abajo. Agua que nos envuelve sin poder humedecer con ella nuestra boca. Sin poder acari-

ciarla con la lengua, ¿sabes? Es horrible. Es brutal. Es puerco... ¡Canallas! ¿Te acuerdas, rico mío, de los látigos y de las hondas que yo te hacía durante las siestas? ¿Te acuerdas? ¡Oh! Es una sed que parece de sangre. ¿Sabes? Es una sed de muerte...

—Por favor, Covacha. ¡No le cuente más esas cosas al niño! Va a enfermarse.

Pero Luisito se irguió como un tigre. Levantó la cabeza rubia que era como de sol.

—Déjala, papá. ¡Que hable! Que me cuente todo para tener el coraje de salvarla...

Y en los ojos azules se veían relámpagos de luz. Desde el fondo de sus pupilas, una mano flamígera trazaba en la sombra ademanos de Dios...

La mentira

El guardián se acercó:

—“Han pasado los minutos reglamentarios”.

—Un momento, ¿sabe? Voy a concluir. Pues bien: pasaron muchas horas sin

Depositarios del

Jabón B A O

DEAMBROSIS Hnos.

Escritorios: Cerro Largo 1032

Montevideo

PYRAMIDES HOTEL

Recientemente reformado
Amplias piezas a la calle

Apartamentos especiales para novios.—Tranvías en todas direcciones La casa cuenta con un gran salón para casamientos y tés danzantes.

Frente a la Plaza Matriz - - Sarandí esq. Ituzaingó

que nadie me diera un sorbo de agua... Por la tarde, me sirvieron otra vez bacalao y sardinas. "¡Agua! ¡Agua!", gritaba yo. Se burlaban de mí. Me tiré al suelo, a llorar... Me bebí las lágrimas. Las lágrimas saladas aumentaron mi sed... En fin, apareció en mi celda, el juez con varios carceleros. Uno de ellos traía una gran jarra de agua. Otro, traía un balde, también repleto de agua. Intenté ponerme de rodillas para agradecer a la Virgen la bondad de esos hombres que me traía el agua.

—“¡Gracias, señores! ¡Dios les pagará esta limosna de agua que me traen!”

Quise arrojarme sobre el balde, para bebérmelo de un trago. Como me lo impidieron, probé de echarme sobre la jarra que tenía delante... Los guardianes me ataron con una soga los brazos y las piernas, manteniéndome sujeta a las argollas de hierro de la pared. Pusieron el agua a un metro de mis ojos. Yo veía hasta el fondo del balde. Un agua pura. Un agua de cristal. Sabrosa como licor, sin duda... La lengua seca como lengua de loro, se me salía de la boca. Se me alargaba. Por momentos, ¿sabes?, creía que la lengua se me despegaba de la garganta y se me salía de entre los dientes, para meterse en el balde y apagarse la sed, ella sola, dejándome a mi muerta y viva. Yo ladraba:

—“¡Agua! Agua! ¡Por favor! Hace tres días que no me dan agua, señor juez”.

—Muy bien, Covacha. Aquí te traigo toda el agua que quieras. Pero, primero

necesito que confieses haber robado los diez mil pesos de la estación “Trigales”...

—¡Yo no he robado nada! Se lo juro por mi madre. ¡Se lo juro por la Virgen! Se lo juro por la cabecita rubia de Luisito... ¡Agua! ¡Agua!

—No te creo. Si quieres agua declara que fuiste tú la ladrona. Tu marido, Francisco confesó esta mañana que él había robado el dinero contigo.

—¡Mentira! El pobre Francisco no habrá podido soportar la sed y más débil que yo, ha mentido para poder beber. ¡Canallas! Es un crimen hacer esto con los seres humanos. Es un crimen. Un asesinato. La policía no tiene derecho a martirizar a nadie para cumplir con su deber...

—¿Entonces,—me preguntó el juez,—no quieres agua?

—¡Agua! ¡Agua! ¡Sí!

—Confiesa. Fuiste tú...

—¡No!

Se dió vuelta y ordenó a los guardianes:

—Llévense el agua.

Yo veía que se llevaban el agua. No pude más.

—“Sí, venga. Sí. ¡Yo robé! Fuí yo la ladrona”.

Pero, no, niño mío. ¿Sabes? No, Luisito. ¡No me mires así! Yo no fuí la ladrona. Tenía tanta sed. ¡Mentí!...

—¡Basta! ¡Se acabó la charla!

El guardián llevóse a la vieja Covacha,

arrastrándola. Luisito tomó a su padre de la mano:

—Vamos, papá. No llores... ¡Mira! Yo tiemblo como tu estás temblando...

El segundo jefe

Don Lucas y Luisito volvieron a los "Trigales". El segundo jefe, Andreus, enviado recientemente para ayudar a don Lucas, era un telegrafista envejecido en su trabajo. No había logrado ascender a

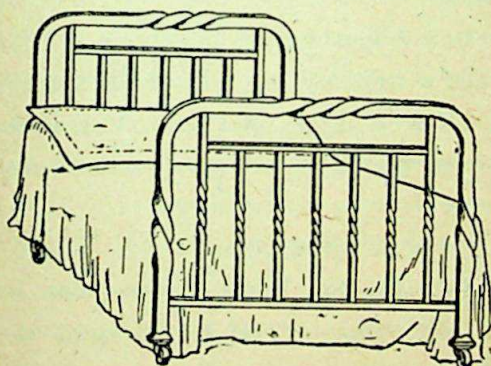
jefe por culpa de su celibato. Las empresas ferroviarias no quieren jefes de estación sin familia. Y Andreus no se casaba porque ya era viejo para emprender viajes de Julio Verne... Tenía la mirada torva. Era de carácter agrio. No hablaba casi nunca.

Don Lucas lo miraba con recelo. A menudo, en su escritorio, al levantar los ojos de sus planillas, se encontró con la mirada oblicua de Andreus, espíandolo... Don Lucas, cada día más flaco, sentía en sus huesos el taladro de esa

ADOLFO GUTMAN

Camas de Bronce y de Hierro

CONCEDEMOS CREDITOS



Comedores, Dormitorios, Hall

Muebles en general

ARAÑAS, PLAFONES, GALERIAS

BRONCERIA ARTISTICA

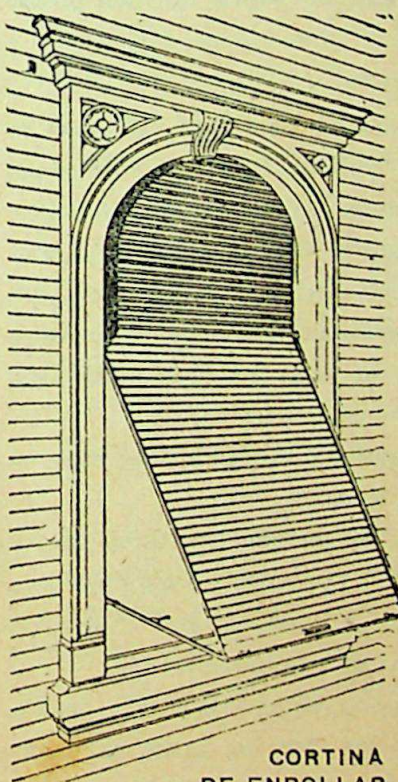
Avda. 18 de JULIO Nos. 1071 al 1077

MONTEVIDEO

Taller de Carpintería de Obra

— Y —

Fábrica de Cortinas de enrollar de Madera



Premiada
con medalla
de oro
y Diploma.
Exposición
Industrial
de
Durazno. 12
de Octubre
de 1921

DE

JOSE

ENRICO

Teléf. Uruguaya
173 Aguada

CORTINA
DE ENROLLAR

Calle TALA 2239 esq. Hocquart

MONTEVIDEO

EN BREVE EL POLÍTICO

mirada de mala ley. Se estremecía. La piel se le erizaba...

Luisito se acostumbraba difícilmente a la cara de Andreus. Sin embargo, un día en que el niño estaba con su padre, sentado en el andén, lo llamó:

—Señor Andreus. ¿Por qué no viene a conversar con nosotros?

Don Lucas tuvo un gesto que no pasó inadvertido para los ojos azules del niño.

—Papá: ¿tú quieres al señor Andreus? ¿Si o no?

La pregunta lo sorprendió como si le hubiera tirado, de improviso, una piedra en la cara.

—Sí, Luisito...

El niño desde aquel día, observó al padre y a Andreus con una curiosidad de pesquisante. En su clara inteligencia, presentía quién sabe qué misterio. Los ojos de Andreus eran para su padre como dos grandes luces. Luces de cuyo resplandor su padre se escondía. Huyendo. Estremeciéndose...

¿Qué fuerza secreta guiaba al niño en sus observaciones?

Otra vez, escondido tras una puerta de la oficina, oyó que el segundo jefe hablaba con su padre. La voz de Andreus tenía un timbre extraño:

—¿Ha sabido usted algo, don Lucas, del robo de los diez mil pesos? ¿Aparecieron los billetes que le robaron a... usted, es decir, a la empresa?

—¡No! ¡Nunca!

—¡Carambita! Es raro, ¿no?

Don Lucas doblaba la cabeza sobre sus papeles. Andreus lo miraba. El niño palideció al ver como el segundo jefe, miraba sombríamente a su padre.

—¡Es raro, carambita! Cuando la empresa me mandó aquí, supe que...

—¿Qué?

—Supe que el guarda-agujas y su mujer eran los presuntos culpables. Pero, yo no creo. He conocido a Francisco y a Covacha en la estación "Seis Arboles", donde yo era telegrafista. ¡Buenas gentes! No se metían con nadie. Eran honrados a carta cabal... Yo se lo dije al gerente. Fué entonces cuando él me mandó aquí, como segundo de usted... ¡Sabe Dios dónde andarán los diez mil pesos!

Don Lucas movió los papeles. No miraba a Andreus. ¡Si lo hubiera mirado!...

—Hasta luego, Andreus. Voy a recostarme un poco. Me duele mucho la cabeza.

—Hasta luego, jefe.

Al salir, don Lucas tropezó con Luisito. El niño atravesó corriendo la oficina.

La tumba del tesoro

Por la noche, don Lucas, después de cenar, — apenas probó la sopa, — salió, como de costumbre, a pasear por el an-



EN LENTES y ANTEOJOS

Vendemos los mejores artículos a los precios más convenientes

SOLICITE PRECIOS

— Casa Pablo Ferrando —

675 - SARANDI - 681

Montevideo

dén. En la oficina vió a Andreus. El solterón, iluminado por la gran lámpara de querosén, hacía el balance de boletería. En la cocina, su mujer, Rosa, siempre pacífica y silenciosa, lavaba los platos y las ollas. Luisito, en el comedor, hojeaba una revista...

Don Lucas miró a todos lados y se perdió en la sombra, apresuradamente, con rumbo hacia el potrero, detrás de la estación. Al avanzar, miraba hacia atrás. Se detuvo en una pequeña pieza de madera aislada, donde se guardaban las carretillas de los equipajes. Tomó una azada y echó a correr con ella, siempre rumbeando hacia el potrero. De pronto se asustó. Creyó oír un rumor. Nada... Sus ojos, sin embargo, no alcanzaron a ver una sombra que se movía entre los yuyos. Así sucede siempre. Los ojos de los que tienen miedo, pierden toda su potencia visual. No ven nada... En cambio, el oído se les aguza de manera tan sutil que oyen hasta el rumor imperceptible de un fantasma.

Don Lucas se detuvo. Buscaba algo en la obscuridad. Iba. Venía... Por fin, sintióse en la noche, débilmente, el ruido de la azada clavándose en la tierra.

—Zun! Zun!

—Zun! Zun!

—Zun! Zun!

La "sombra" escondida detrás de unos yuyos se conmovió de espanto, como si toda su alma fuera la tierra donde estaban cavando... Poco después, la sombra exhaló un lamento que hizo correr a don Lucas, como loco, en medio del potrero. Dejó la azada. Y huyó hacia el andén como si el espíritu de un muerto en sacrilegio le mordiera los tacos...

Don Lucas se detuvo frente a su oficina. Contempló a Andreus sentado en a misma posición que lo dejara. El segundo jefe continuaba su balance de boletería, bajo la amarilla luz del querosén.

—“¡No, — pensó don Lucas, — él no era!...”

En el comedor halló a su mujer. Rosa volvía de la cocina, con la pila de platos.

—¿Y Luisito?

—En el andén.

—Al entrar no lo he visto.

—¿No?

Salieron al andén. Allí estaba Luisito. Tiraba municiones al aire con su honda, en actitud de cazar pajaritos.

—¿Dónde estabas, Luisito?

—Aquí, papá. ¿No me ves? Quiero cazar estrellas...

Al día siguiente

Luisito abrió los ojos. El sol le despertó. Se arrojó del lecho.

—¡Debe ser muy tarde!

En la cocina andaba su mamá. Sentíase el eterno cántico de sus ollas limpias. Su papá, don Lucas, estaría sin duda en su tarea.

Se asomó por la ventana del andén. En efecto, don Lucas, con unas guías en la mano, dirigía las maniobras de un largo tren de carga.

El niño se vistió con premura.

—¿Luisito, ya estás levantado? ¿Quieres el café?

—Sí, mamita.

Sentóse junto a la mesa de la cocina. Su madre le puso delante una gran taza de café con leche. Hizo sopas.

—¡Rico café! Tengo hambre...

Se tomó dos tazas. Luego buscó el sombrero de alas anchas.

—Mamita, déjame ir a cazar pajaritos, ¿quieres?

—Sí, Luisito. Pero no vayas lejos.

—No.

Al cruzar el andén vió de nuevo a su padre, yendo y viniendo, entre los vagones de carga. En la oficina, el segundo jefe, Andreus, escribía en un libro. El nuevo peón, mandado en reemplazo de Francisco, llenaba de petróleo las lámparas de la sala de espera.

Sin que nadie lo viera, Luisito se dirigió al potrero. Ocultándose entre las matas, llegó al sitio donde su padre, la noche anterior, había estado cavando. Encontró la tierra removida a trechos, como si alguien hubiera buscado alguna cosa y, de pronto, hubiese suspendido el trabajo, olvidando allí mismo la azada...

Luisito de rodillas, empuño la azada. El instrumento era más grande que él. Dió varios golpes. Los brazos se le doblaban. Sintió que no podría... En un gesto rebelde de impotencia, echó a un lado la azada. Empezó a cavar con las uñas...

Bajo la luz quemante del sol, Luisito hundía los dedos en la tierra. El sudor le chorreaba. Extraía puñados de tierra y tornaba a cavar. Por fin, sus dedos produjeron un ruido metálico. Era una lata. Una caja de té... Le puso la mano

**Pidan el exquisito Champagne
FISSE CHIRIONI y Cía.**

EPERNAY - FRANCE

UNICOS INTRODUCTORES

18 DE JULIO 1932

Panificadora ARTIGAS

B. PAZOS & CIA.

1211 y 343 Aguada y Cooperativa

A. F. Costa 1491 y Rondeau 2481

En nuestra elaboración no tenemos competidores

encima sin sacarla del pozo y miró a la distancia. Estaba solo...

Abrió la caja. Adentro vió un montón de billetes de banco.

—¡Oh, era verdad!—exclamó.—¡Covacha es inocente!

Sintió unas espantosas ganas de llorar. Se contuvo. Escondió los billetes dentro de su blusa y corrió a la estación.

Su padre, sentado en su escritorio, extendía una guía de cereales. De pie, a su lado, el segundo jefe Andreus, aguardaba con un sello de lacre. En frente, el guarda del tren esperaba la hora de partir...

Luisito entró corriendo. Gritaba:

—¡Papá! ¡Papá!

Todos levantaron la cabeza:

—¡Papá! Aquí están los diez mil pesos...

—¿Eh?

—Yo los había sacado de la caja de

fierro. ¡Yo los había enterrado! Míralos. Aquí están...

Don Lucas ni se movió. Dos gruesas lágrimas cayeron sobre la guía.

—Ahora...

Fué necesario telegrafiar a la empresa y al juez. El niño se empeñaba en que vinieran a llevarlo preso, como se llevaron a la vieja Covacha.

—“¡Yo soy el ladrón!”—gritaba con orgullo.—“Ahora deben soltar a la vieja Covacha”...

A media noche, don Lucas se levantó de la cama. Fué hasta la camita de su hijo. Luisito dormía... Se inclinó despacio. Lo besó en la frente

—“¡Queridito mío! ¡Tú me has salvado! Eres la mano de Dios”...

Una sonrisa angélica alumbraba de gloria la cara del nene.

El triunfo

—¡Covacha! ¡Viejita! Has vuelto...

Juan José de Loiza Reilly

“La más Excelsa”

NOVELA

Por JORGE F. SOSA

Uno de los mayores éxitos de
nuestra literatura

EN VENTA EL 3.^{er} MILLAR



A LOS ESCRITORES: No se abona ninguna colaboración que no fuere solicitada por la Dirección. — Todas las obras que se remitan deben ser inéditas, escritas a máquina y con la firma y domicilio del autor . . . :

En nuestro próximo número:

“Sol de Amor”

Por Armando Moock

Panificación
Res Non Verba

— Y —

Fábrica de Masas

CASA FUNDADA:

El 2 de Octubre 1900

— DE —

Vicente Sarli

ESPECIALIDAD en
BIZCOCHOS

Teléfono: La Uruguay
1243 Central

SARANDI
439



MONTEVIDEO



DEL CASTILLO & MORALES

URUGUAY, 1100 Esq. PARAGUAY

CERAS
PARA
PISOS

TINTES

BARNICES

ESMALTES

PANADERIA --
-- BRASILEIRA

de *Muñiz & Cia.*

Perez Castellanos
1538-1540

Especialidad en PAN
y GALLETA MARINA

Fabricación de
BISCOCHOS y PAN
DULCE con harinas
de 1.ª calidad

PAN CALIENTE
MAÑANA Y TARDE

TELÉFONO
703

COOPERATIVA

MEDIA LUNA

EL MEJOR CHOCOLATE

— DE —

AMÉRICA



Cervecería Uruguaya

SOCIEDAD ANONIMA

Recomendamos nuestra Cerveza especial para el invierno

De sabor incomparablemente delicado

Bock

Bebida de positiva acción estimulante

Sus componentes tienen la virtud de desarrollar en el organismo, el mayor número de calorías : : : : : : : : : : :

ES LA CERVEZA IDEAL DE INVIERNO

Su carácter activo armoniza en la feliz circunstancia de ser el verdadero producto recomendable por excelencia, al consumo general : :

PIDAN

LOS EXQUISITOS CAFES Y TES

“El Chaná”

PREMIADO EN TODAS LAS EXPOSICIONES

Casa Central y Escritorios: Colonia, números 2073 al 2079
Sucursal Centro: Soriano, 968

Teléfono: Uruguay, 1875 Cordon y La Cooperativa

CONFITERIA JOCKEY CLUB

DE

DIANA & CLAVIJO

RINCÓN ESQUINA B. MITRE

MARCA

SALON PARA FAMILIAS

LA SANDALIA

Onitap

SE VENDE CON

GARANTIA

DE DURACION

PARA FUMADORES DE
BUEN PALADAR LO
MEJOR ES

TABACOS HAITI

DE

BENITO TRABAZO

FABRICA:

SAN
JOSE, 915
MONTEVIDEO
CARPINTERIA MECANICA
CONSTRUCCIONES DE MADERA
EN GENERAL Y CIGARETAS
MIXTOS

La Fàbrica Uruguaya

DE

ALPARGATAS

RECOMIENDA

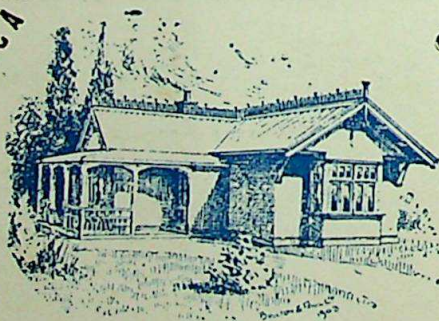
A todos los deportistas
usen sus Alpargatas espe-
ciales con lona blanqueada

MARCA



REGISTRADA

y ribetes de cuero alrededor
de la suela - - - - -



Teléf: La Uruguaya, 1809 Cordon

RINCON Y
B. MITRE



Gran Taller Mecánico

DE CARPINTERIA

- DE -

Andrés Latapie e Hijos

LAVALLEJA, 2180

URUGUAYA
JUAN EFACAL
REPUBLICA, 1624
TALLERES
2009-CARMEN-2009
MONTEVIDEO
TELÉFONO: 359 CORDON

Ferretería y Broncería
DE
Emilio Coelli & C^{ia}

TALLERES:

Miguelote, 1474